La experiencia lectora

Yamila Barrera

El lenguaje nos construye. Cuanto más capaces somos de darle un nombre a lo que vivimos, a las pruebas que soportamos, más aptos somos para vivir y tomar cierta distancia respecto de lo que vivimos, y más aptos seremos para convertirnos en sujetos de nuestro propio destino. Pueden quebrarnos, echarnos e insultarnos con palabras, y también con silencios. Pero otras palabras nos dan lugar, nos acogen, nos permiten volver a las fuentes, nos devuelven el sentido de nuestra vida.
-Michele Petit, *Del espacio íntimo al espacio público*, 2001, p.114

La antropóloga Michele Petit (2001) plantea la importancia de acceder a la lectura como un *derecho cultural*, para ser conscientes de nuestro derecho a saber, a imaginar. A descubrir mundos y en ese camino, descubrirnos. Propone deconstruir los miedos para evitar que nos sintamos incompetentes delante de un libro. Es ahí donde cumplen un rol fundamental lxs *iniciadorxs* o *facilitadorxs* de lectura. Quienes transmiten el deseo por la lectura y lo promueven para permitirle a otrxs ingresar en los libros. Petit afirma que:

> Un lector no consume pasivamente un texto; se lo apropia, lo interpreta, modifica su sentido, desliza su fantasía, sus deseos y sus angustias entre las líneas y los entremezcla con los del autor. Y es allí, en toda esa actividad fantasmática, en ese trabajo psíquico, donde el lector se construye (p.28).

La autora considera que la lectura ayuda a lxs lectorxs a construirse, descubrirse, hacerse un poco más autorxs de sus vidas, de sus experiencias e incluso nos permite escapar de callejones oscuros y dolorosos. Es un lugar de evasión, trasgresión, al que nadie puede ingresar más que nosotrxs. Un momento donde el tiempo y el espacio se vuelven relativos. Ese mundo narrado comienza a dibujarse ante nuestros ojos y cobra vida para rescatarnos, sanarnos y liberarnos.

La lectura es una experiencia irremplazable, donde lo íntimo y compartido se vincula de forma simbiótica y esta conexión construye nuestra subjetividad. Por eso no puede ser un privilegio de pocos o de un sector. Todxs deberíamos poder acceder a las lecturas, a los saberes. En ese sentido Michele Petit (2001) afirma:

> Esa lectura es transgresora: en ella el lector les da la espalda a los suyos, se fuga, salta la tapia: la tapia de la casa, del pueblo, del barrio. Es desterritorializante, abre hacia otros espacios de pertenencia, es un gesto de apartamiento, de salida (p. 44).

En esta experiencia, quien lee puede hacer visible una lengua diferente a la de todos los días. Encuentra sentido en la organización del relato y le da perspectiva. A partir de la lectura se pone de manifiesto la conquista o la reconquista de unx mismx, porque nos interpela con el deseo y el trabajo psíquico, para encontrar un vínculo con aquello que nos construye (Petit, 2001).

Para Roland Barthes (1982) la escritura fractura el mundo. Y en esas rupturas, podemos pensar la construcción de estos relatos, para hacer visible la estructura narrativa, la trama, los tonos, los ritmos, la composición. Acá hay una doble dificultad: perdemos de vista que la narración es una construcción y que nosotrxs construimos nuestros relatos, nuestra memoria. Por eso, Laura Devetach (2008) plantea:

> Quien escribe comenta con su obra lo que le toca vivir, aunque a veces no nombre directamente nada reconocible como propio. Esa obra, ese comentario, puede ser para el escritor el resultado de una exploración, una búsqueda de respuestas, una sonda disparada al infinito. Y puede ser también la misma exploración, la misma búsqueda, la misma sonda que el lector tiene para lanzar hacia el texto (p.17).

Vivimos en un mundo cambiante con múltiples estímulos que -a veces- nos exige leer de forma fragmentada lo que nos rodea, nos permite reorganizarlo en un nuevo relato. Es en este recorrido, que va de una palabra a otra, de un sentido a otro, la escritora Ángela Pradelli (2013) propone pensar que:

> El lector es explorado por el texto que lee, es cuestionado en ese encuentro. Entonces descubre que, en las grietas del discurso del otro, puede entrar su propio universo. Por eso el lector está allí, esperando que alguien, en esas grietas, lo nombre (p. 205).

La escritura es una búsqueda interna, que trata de responder algunas preguntas, de forma solitaria, pero al mismo tiempo es colectiva y social. Lectura y escritura son dos prácticas que se retroalimentan, y no pueden pensarse sin lxs lectorxs.

Ricardo Piglia (2005) pregunta: ¿qué es un lector? Y responde que “es también la pregunta del otro. La pregunta a veces irónica, a veces agresiva, a veces piadosa, pero siempre política de quién mira leer al que lee” (p.31). El autor plantea que la lectura saca a lxs lectorxs del anonimato, le da nombre y los historiza. Lo hace visible en un contexto preciso y lo integra a la narración.

Laura Devetach (2014) vuelve a reponer la idea del lector con la instancia de comunicación porque la escritura y la lectura enlazan a unxs con otrxs, formando vínculos y tramas que se multiplican. No deja de lado la noción de dificultad, porque leer lleva trabajo, pero nos incita a pensar en nuestro bagaje cultural, -interno, íntimo, personal-, que fuimos construyendo en nuestro camino de lecturas, incluso antes de la alfabetización. Por eso la autora plantea que “cuando cada persona descubre sus variados textos internos, abre un amplio camino alternativo, donde se empiezan a valorar las disponibilidades poéticas o disponibilidades

narrativas, o disponibilidades para leer, para escuchar, para tener ritmo, etc…" (p. 32). Al leer construimos un nuevo relato, con nuevas asociaciones y la escritora María Teresa Andruetto (2014) dice:

> Somos lo que hemos vivido y leído y somos el resultado de poner en cuestión eso que vivimos y leemos. Tenemos cierta libertad de elegir, aunque no podemos elegir las condiciones en las cuales hacemos esas elecciones (…), porque están atravesadas por una red social, económica y política de la que no siempre tenemos conciencia (p.113).

Andruetto afirma que leer nos abre un camino de libertad, el tránsito de lo que dejamos de ser para convertirnos en otra cosa, porque la lectura transforma, nos da autonomía para pensar lo que nos pasa como sujetxs y como sociedad. La lectura nos da herramientas para construir nuevos relatos, hacer preguntas, incomodar, hacer pensar, sensibilizar, porque en este trabajo psíquico, lo subjetivo se construye en ese camino de letras, palabras, sentidos, símbolos, gestos (Zuleta, 1982).

Para muchos leer es subversivo, peligroso… y tienen razón, porque nos permite pensar íntimamente con otrxs a lo largo del tiempo, en un encuentro único que no puede ser mediado ni disciplinado.

Autobiografías lectoras y representaciones sociales

La lectura es un arte de la microscopía,
de la perspectiva y del espacio (…) La lectura es un asunto de óptica,
de luz, una dimensión de la física
Piglia, *El último lector*, 2005, p. 20.

Durante los años de pandemia, desde el espacio del Taller pensamos estrategias didácticas asincrónicas y sincrónicas para poder trabajar los procesos de lectura/escritura a lo largo del cuatrimestre. Propusimos consignas de escritura breves en los foros de intercambio, para que pudieran leerse, comentar y aportar de un modo colectivo a esa escritura individual. Nuestro modo de enunciar muestra una lógica de pensamiento.

Una de las primeras consignas que les dimos fue que narren su *experiencia lectora*. Y fue interesantísimo como empezaron a aparecer *representaciones* en torno a la lectura, la escritura y el ser escritor/x.

Por eso es interesante explorar las imágenes del momento en el que aparece -ante los ojos de la infancia- un libro, una revista, un cartel en la calle o una canción de cuna. Los inicios de la lectura antes de la alfabetización. Esas escenas donde se visibiliza el rol de aquellas personas que facilitaron la lectura: un familiar, la escuela o el entorno de amigos.

Hay un registro de cuándo la lectura comienza a ser placentera, “sin obligación”. En muchos casos narran escenas de lecturas “aburridas”, que lo único que hacen es repeler a niñxs y jóvenes de ese espacio íntimo que legitiman el espacio de placer por la lectura. También emergen escenas donde se visibiliza el deseo, la felicidad y la libre elección. Esa búsqueda personal que genera descubrimientos. Reconstruir la memoria y darles sentido a esas vivencias nos permite iluminar escenas de nuestras vidas que se tornan colectivas. Por eso queremos compartir fragmentos de los textos que lxs estudiantxs publicaron en la Plataforma de Aulas Web de la UNLP (https://aulaswebgrado.ead.unlp.edu.ar/).

> No puedo recordar con un hecho puntual cuando empecé a leer, pero sí cuando la literatura empezó a despertar mi interés.
> En la primaria, más allá de aprender la práctica y ejercitarla, pude conocer el mundo de las palabras. Esas que antes parecían deformes garabatos, empezaron a seguir un orden y cobrar sentido para mí. La maestra Karina, había propuesto como actividad en 5to año la lectura de un libro. Entonces, todos los viernes a las 16 nos sentábamos en ronda en el patio de la escuela a leer un capítulo de aquella obra.
> Yo, expectante, esperaba que llegara el día y el horario indicado para desandar la trama que estructuraba la historia en torno a la aventura, el misterio y el suspenso. En simultáneo descubrí en la biblioteca de mí casa unos pequeños libros de bolsillo que eran parte de una edición de ciencias naturales e historia de un reconocido diario. No sé qué me llamó la atención, si el tamaño o sus pintorescas ilustraciones. Pero descubrí sus hojas con más fascinación que entendimiento. Poco entendía del orden de los planetas, de las fallas en las placas tectónicas, o de especies que habían habitado este planeta millones de años atrás, pero lo que sí podía comprender es que en esas hojas podría encontrar cosas que nunca hallaría en otros lados. (Nicolás Cobo, 2022)

A veces la lectura se convierte en ese espacio de refugio cuando somos niñxs, pero también cuando crecemos y descubrimos que, en esos otros mundos posibles, también transcurre la vida.

> Tal vez no sea la primera vez, pero sí es cierto que el primer recuerdo que me asalta si me figuro leyendo es a los 8 años, en el auto de mis viejos. El Renault 12 modelo 79 ya mostraba en su chapa el paso del tiempo cuando, en 1997, se convirtió en mi burbuja de tranquilidad y lectura.
> Mi papá y mi mamá son veterinarios y desde chicos, a mí y a mis hermanas, nos llevaban al local porque no podían dejarnos solos en casa. Así se desarrolló mi infancia, jugando en la vereda de la calle Yrigoyen, o sentado sobre las bolsas de alimento para perros cuando el frío marplatense hacía imposible la salida. Sin embargo, el momento de gloria de aquellos tiempos era cuando me encerraba en el auto blanco, que casi siempre estaba estacionado en la puerta del negocio, y me ponía a leer. Afuera quedaban los clientes que entraban con sus mascotas;

> afuera quedaban los proveedores que venían a cobrar alguna entrega; afuera -qué potente sería la burbuja- quedaba el prestamista que, religiosamente, pasaba a recaudar la plata que nos había dado para financiar el crédito impago de una casa perdida meses antes.
>
> Cuando cerraba la puerta del auto y abría el libro se construía otro mundo. Un mundo al que podía entrar siempre que quisiera, donde estaba a salvo de todo y de todos, excepto de las vicisitudes de la historia que tuviera entre manos. Las primeras fueron las de Julio Verne, que era de los pocos libros que había en casa. Así fui un Capitán de 15 años, viajé 20 mil leguas de viaje submarino, fui al centro de la tierra -en una edición con la letra tan apretada que hasta le costaba a mi vista perfecta de ese entonces-, o di la vuelta al mundo en ochenta días. Hubo un día que no solo leí, también escribí. Sentado en el asiento del acompañante, y apoyado en un libro de tapa dura escribí unos versos, no sé qué poeta había leído pero escribí unos versos sobre la luna, con metáforas bastante cursis. […] Cuando salía del auto siempre pensaba que volvería pronto. Y sucedía. A veces entraba y salía repetidamente en el mismo día, a veces me tomaba más tiempo, pero siempre estaba esa burbuja de chapa blanca y corroída esperándome. (Cristian Cimminelli, 2020)

Algunas escrituras dan cuenta de la lectura como ese espacio de soledad, intimidad, esa “burbuja” en la que los mundos de las páginas se hacían tangibles, reales. O esa pantalla de la PC en la que disfrutaban de videojuegos, que tenía palabras y acceder a ellas era entrar a un nuevo mundo, uno de grandes.

Cuando empezamos a leer solxs, las palabras cobraron otro sentido. Hay lecturas heredadas, para escapar de la realidad que nos toca transitar y lecturas que inspiraron. Escrituras que tenían que salir para sanar heridas, desamores. Leemos y escribimos para encontrarnos, para entendernos y para curarnos.

Los juegos, las invenciones y la narración oral van quedando como una melodía que, sin darnos cuenta, construye subjetividades e identidades.

> Así comenzó. Caminaba de la mano de mi mamá por los distintos pasillos de diferentes colores que había en el hospital Garrahan. La rampa de color verde nos dirigía al sector donde estaban la escuelita y los juegos. Era el lugar donde pasaba la mayoría de las horas esperando a ser atendida o a ser internada. Tenía un año y ocho meses cuando comencé a viajar a Buenos Aires por tratamiento médico.
>
> Recorrí por mucho tiempo esos pasillos y recuerdo que después de cada internación o de cada lindo dibujo que hacía y pintaba, me regalaban libros y juguetes. Recorría esos pasillos tomada de la mano de mi mamá y en la otra mano los cuentos, cuentos de distintos tamaños y diversas historias.
>
> Cuentos que luego mi mamá leía para mí durante los viajes en micro, a veces en tren del hospital a la casa de mi tía. “Aprendí a leer por vos”, decía mi mamá, “leía porque vos me exigías que te lea”, y mi madre leía mucho más que en los

> pocos años de escolaridad primaria que tuvo durante su niñez en el pueblito pequeño en el que nació.
> Y es que en treinta y seis horas de viaje en micro de Buenos Aires a la provincia de Salta debía aburrirme mucho. No recuerdo cuando comencé a leer sola, pero sí recuerdo un libro que me gustaba leer, tenía letras grandes y dibujos en medio de los párrafos que remplazaba una palabra. (Anabel Rejas Tellez, 2020)

La lectura puede ser una práctica iniciática en la que transitamos de la mano junto a otrx, pero que a medida que aprendemos a caminar -lentamente- comenzamos a dar nuestros propios pasos. Está claro que no todas las experiencias suelen ser agradables, pero quedan atrapadas en la memoria. Una estudiante recordó así las correcciones a las faltas de ortografía en la escuela primaria.

> Para escribir correctamente hubo que atravesar grandes sacrificios. Cada palabra mal escrita tenía que ser buscada en el diccionario, repetirla tres renglones y picarla. Picar la palabra refería al siguiente procedimiento: se escribe la susodicha en cursiva, en un tamaño que ocupe toda la hoja, con mucho cuidado se repasan las líneas con Plasticola, con un papel glasé, opaco o brillante de color a elección. Se apoya la lámina sobre el pegamento, se presiona un punto con un punzón o la parte puntiaguda del compás, se arranca la hoja y un puntito brillante queda sobre la línea de la palabra. Precioso. Ahora repetir la acción un billón de veces más o hasta cubrir toda la cursiva, lo que suceda primero.
> Creo que ahí inventaron el dicho: la letra con sangre entra. (Carla Berretta, 2020)

Lo interesante de las lecturas es que movilizan escrituras. Al comienzo se trata de una escritura íntima, personal, donde se suelen registrar eventos cotidianos y comenzamos a reflexionar sobre los temas más elementales de la humanidad. Un modo de dejar registro, memoria de nuestro presente, pero también una forma de comunicación y comprensión de nuestras experiencias. A veces también lo dicho y lo silenciado…

> Las primeras escrituras me recuerdan al "diario íntimo" que era un secreto bajo llave y muy personal, también un diario en la primaria y terminándola, un libro en el que participó todo el colegio y hablábamos del futuro como algo inalcanzable […]. También las cartas como modo de comunicar siempre fueron importantes para mí, me mandaba con una amiga en verano y siempre esperaba ese ansiado momento para que me llegue su carta y poder responderle. (Brenda González Salazar, 2020)

Estar dispuestx para escribir. Encontrar la posición adecuada, el contexto acorde y dejamos llevar por ese mundo de palabras que se abren frente a nosotrxs. A veces tenemos procedimientos que identificamos como prácticas de lectura/escritura: escribir en papel, registrar en otros soportes, saber que siempre habrá un posible lector, buscar el espacio y el

lugar adecuado (Kreimer, 2013), a veces también es recomendable encontrar un sistema para empezar a escribir (Goldberg, 2003).

> En mi caso lo primero que hago al momento de escribir algo es tener un cuaderno al lado por si debo anotar ideas que me van surgiendo y pueden ser de gran ayuda a lo que quiero lograr. Obviamente no todo te sale de repente porque hay momentos en los que la mente se pone en blanco y cuesta arrancar; por lo que necesito silencio absoluto para poder concentrarme. Como mucho puedo tolerar la televisión prendida en mute, aunque por momentos me distraiga, al igual que el celular o algún mínimo ruido que escuche en la casa o el ambiente. Por lo que sería imposible poder escribir con música. (Franco Ochoa, 2020)

> Por mi parte depende de qué vaya a escribir. Hay cosas rápidas, pensamientos fugaces, que escribo en el momento en el que llegan, ya sea en un bloc de notas que tengo en el celular o en otro que tengo en la computadora. Cuando se trata de textos más elaborados, más extensos, creo que es un proceso que toma días. Siento que empiezo a pensar en ellos mucho antes y luego, llegado el momento, vuelco todo eso en la computadora. (…) Busco la manera de sumergirme por completo, de estar ahí en lo que estoy contando. Generalmente lo hago a la noche y hasta la madrugada. Preparo bastante agua, o cualquier otra bebida que me vaya a acompañar y trato de tener la comida hecha para no preocuparme por eso. Ya durante el proceso suelo escuchar música y suelo caminar de un lado a otro, hasta que llega la idea. Arrancar es sin duda lo que más me cuesta, pero una vez que ya están las primeras líneas, todo lo demás empieza a fluir. Hay veces que paso noches enteras porque siento como algo contenido y solo estaba esperando donde soltarlo. Otras ocasiones paro antes de terminar, ya agotado, pero generalmente con una idea de cómo voy a seguir cuando me despierte. (Juan Sebastian Rodriguez Izquierdo, 2020)

La idea de inspiración apareció de forma recurrente en los relatos. Más de una vez nos encontramos con frases como “no escribí nada porque no estuve inspiradx”. Esa idea de iluminación fugaz vuelve año tras año y se hace necesario revisarla. Tenemos que dejar en claro que para escribir hay que sentarse a escribir, ser constantes y tener tesón. Ser persistentes. Dejar y volver. La escritura requiere trabajo y mucha lectura para que estimules nuevos sentidos. También es importante ser conscientes de la importancia de los primeros borradores:

> Escribir, o eso que entiendo por escribir, lo hago en diferentes momentos y por diversos motivos. […] Escribo cuando estoy enojada y cuando estoy alegre, también cuando no me es claro cómo estoy. Puedo decir, eso sí, que prefiero el papel y la lapicera para hacerlo. Aunque cuando voy por la calle y se me ocurre algo también lo anoto en el celular. Pero no pasa siempre. Paso meses sin escribir nada. Y de repente algo se despierta o despabila y escribo páginas enteras de esos cuadernos que suelo tener cerca. Por más que no escriba, los

> tengo cerca, por las dudas. O para leerme. Me gusta leer las cosas que escribí hace un año, dos, diez. Es un espejo interesante… (Valeria Gisela Rojas, 2020)

Las dificultades que se presentan en el momento de escribir son comunes: encontrar el momento, el tono, la primera frase, sentir que lo que escribimos es un borrador permanente, o buscar por horas la singularidad de aquello que queremos mostrar mediante palabras, pero esto no debería significar un problema que no podamos superar, son más bien obstáculos que nos permiten entender que la escritura es un trabajo intelectual, necesariamente creativo y que demanda poner el cuerpo.

> Al sentarme a escribir, siempre lo primero que pienso es cuanto me cuesta arrancar, lo que funciona como un espiral, por no decir remolino, porque muchas veces eso me bloquea tanto que me quedo en blanco. Pero con esta actividad particular, -y aún estoy sorprendida por eso- me senté y salió de una, y creo que pude pasar al "papel" lo que escuchaba, veía, sentía, lo que quise iluminar en ese momento, con mucha naturalidad… (Constanza Lacambra, 2020)

A través de un recorrido polifónico, buscamos hacer visibles las voces que circulan dentro de las aulas, donde jóvenes debaten y reflexionan sobre el proceso de lectura/escritura. Encontrar esas experiencias y ponerlas en palabras nos permite sacar del *baúl de los recuerdos* (Devetach, 2014) nuestros saberes para visibilizarlos, valorizarlos, re-jerarquizarlos y -a partir de ese material simbólico- encontrar la voz propia. Reconocer la particularidad de nuestras experiencias y nuestros contextos nos permite configurar nuestra identidad individual y colectiva.

Referencias

Andruetto, María Teresa (2014). *La lectura, otra revolución*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires, Argentina.

Barthes, Roland (1982). *El placer del texto y lección inaugural*. Editor digital Titivillus.

Devetach, Laura (2014). *La construcción del camino lector*. Editorial Comunicarte. Buenos Aires, Argentina.

Goldberg, Natalie (2003). *El gozo de escribir. El arte de la escritura creativa*. La liebre de marzo. Barcelona, España.

Kreimer, Juan Carlos (2003). *Cómo lo escribo 2.0. Una guía para escribir, editar y publicar*. Editorial Pluma y papel. Buenos Aires, Argentina.

Petit, Michele (2001). *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*. Fondo de Cultura Económica. México DF, México.

Piglia, Ricardo (2005). *El último lector*. Editorial Anagrama. Barcelona, España.

Pradelli, Angela (2013). *El sentido de la lectura*. Editorial Paidós. Buenos Aires, Argentina.

Zuleta, Estanislao (1982). Conferencia “Sobre la lectura”. Medellín, Colombia.